

VISIONES DE INFANCIA (*)

María Flora Yáñez, escritora ya tan conocida en el país y en el extranjero por sus libros «El abrazo de la tierra», «Mundo en sombra», «Espejo sin imagen», «Las cenizas» y «El estanque», acaba de publicar un libro de recuerdos, ágil, ameno y bien escrito.

Probablemente, al concebir su último libro la autora no intentó convertir sus recuerdos en relatos novelescos, de ahí que surjan espontáneos, llenos de frescura como si integraran una conversación saturada de colorido, en cuyos pormenores la ironía está mimetizada bajo un ritmo señorial, muy comprensivo que ganaría siendo más cáustico y con peores modales.

Sin embargo, el tomo no exhibe sólo un conjunto más o menos trivial de recuerdos infantiles, reúne en sí mismo todas las exigencias de observación, finura y exactitud para resucitar un conjunto de personajes interesantes, como esa «Abuela Tupper», lo mejor del libro y ambientes bien penetrados como aquellas tierras yermas de «La sombra de doña Bárbara».

Hace unos años, comentando su libro «El Estanque», relatos breves, brumosos y líricos, oscilantes entre la realidad y el sueño, decíamos sobre esta autora que nos parecía demasiado bien educada, refiriéndonos a todas las posibilidades que se adivinaban en el trazo seguro de sus personajes en cuya radiografía no se ahondaba, sencillamente porque no se quería hacerlo, por no herir a los demás ni atormentarse con el propio arrepentimiento.

Problema complejo, ya que no siempre el amor riguroso por la verdad artística acompaña al creador hasta las últimas contingencias y parece que un poco más o un poco menos la mayoría de los artistas teme las consecuencias derivadas del manejo del escalpelo en la vida terrena o durante la existencia

(*) Zig-Zag, 1947.

ideal de la fama. Sin embargo, ajenos a todo ánimo que preconice la crueldad o el sadismo como pudiera suponerse superficialmente, insistimos leyendo este magnífico libro de recuerdos en que no basta insinuarlo todo, grandeza, pasión, bondad y maldad de los personajes sino que también se afianza la expresión literaria, completando sugerencias. Esos esbozos tímidos, esos símbolos que pretenden decirlo todo, con luces y sombras, plenitudes y contrastes, torturas y crueldades, avaricias y altruismos, etc.

Anotamos esto de nuevo, porque la imaginación novelesca de la autora sobrepasa el cartabón vulgar de los libros de memorias sean éstos amencos o pesados, mentirosos o verídicos, y enseña con una prosa flúida que parece brotar depurada al correr de la pluma o que ha sido limada en forma cautelosa y sensible, ambientes inolvidables nutridos de emoción humana, de color y de gracia.

Es cierto que a los libros no puede exigírseles más de lo que pretenden y no es prudente invitar a un novelista para que abandone sus artificios retóricos y narre sencillamente su vida tal como ella fué encadenando sus avatares, pero si estas «Visiones de infancia» hubieran formado parte de un tomo novelesco con los mismos personajes obrando de modo opuesto, solidario o indiferente, si se hubieran cargado más las tintas que ahora sólo se insinúan, estaríamos frente a una originalísima novela de nuestra auténtica y rancia organización o desorganización aristocrática.

Hemos recibido y comentaremos: «Elegías», de Arturo Torres Rioseco (México. D. F. 1947) y «Mensaje del Cielo Terrestre», por Fernando Pezoa (Ediciones «Acanto», 1947).